



DIEZ MIRADAS SOBRE EL 11 DE SEPTIEMBRE

Los ataques a las Torres Gemelas y al Pentágono estadounidenses realizados el martes 11 de septiembre del pasado año, han provocado un sorpresivo e inédito vuelco en el escenario internacional, precipitando al mundo en una dinámica de consecuencias imprevisibles.

A varios meses de los atentados, y luego de la igualmente condenable respuesta de Tali3n por parte de los Estados Unidos, se abre una oportunidad excepcional para generar un consenso que permita inaugurar una nueva fase en la comprensi3n de las relaciones entre pueblos y culturas. Es absolutamente necesario, imprescindible, detener el eventual espiral de violencia que se nos vino encima y que nos sumerge en el sopor del letargo que implica la “era del miedo total”. Nosotros, como educadores, tenemos la gran tarea de generar un movimiento de opini3n que genere conciencia y favorezca el dif3cil camino de la convivencia. Por ello, **Educere** dedica sus p3ginas a la reflexi3n sobre los sucesos del 11 de

septiembre, presentando diez miradas que convocan un mismo fin: el logro de la paz mundial. As3, Norma Sequera, Nargis Kassenova, Eduardo Galeano, Francis Fukuyama, Herman Tersch, Pablo de Sandoval, Laura Gurfinkel, Rigoberto Lanz, Ignacio Ramonet, Carlos Gabetta y Tariq Aliq nos presentan sus reflexiones, sus miradas, que buscan ese camino. Deseamos que una mirada sea algo m3s que lo que conocemos; que una mirada sea, como dijo alguna vez el poeta espa3ol Antonio Machado: “el ojo que miras no es ojo porque t3 lo miras; es ojo porque te ve”. De esa manera, se reconoce la identidad y ser del otro, y se abandona la nefasta pr3ctica de la concepci3n ideol3gica unilateral y de una sola voz, que da primac3a a nuestra concepci3n y configura al mundo seg3n nuestras creencias, rechazando e incomprendiendo la posici3n del vecino: que el ojo que miremos –las costumbres isl3micas y sus creencias– sean ojos porque nos miran. Esa es nuestra intenci3n.



FIN DE CIVILIZACIONES Y CHOQUE DE LAS HISTORIAS DOS CARAS DE UNA MISMA MONEDA

NORMA SEQUERA

UNIVERSIDAD DE LOS ANDES - POLITÓLOGA E HISTORIADORA

“No consigo prescindir de la idea de que nuestra existencia depende de unos pocos, de los hermosos sueños o de los caprichos de unos pocos. De estos pocos que, a través de las ideas, los descubrimientos, las revoluciones, las guerras, tal vez de un simple gesto, el asesinato de un tirano, cambian el curso de las cosas y el destino de la mayoría”.

ORIANA FALLACI - ENTREVISTA CON LA HISTORIA

Los artículos que presentamos en esta sección de Controversia, hacen referencia a dos teorías que fueron formuladas al finalizar la Guerra Fría y que ahora a raíz de los sucesos del pasado 11 de septiembre vuelven a parecer en el ruedo. Estas teorías son: “El fin de la historia”, de Francis Fukuyama y el “Choque de civilizaciones”, presentada por Samuel Huntington. He considerado importante hacer una síntesis sobre ambas teorías presentando para aquellos que las desconocen los puntos básicos y más relevantes de cada una de ellas.

Detrás de cualquier teoría existe un interés; sin importar cual sea, hay algo que quiere justificarse, a través de una “verdad” armada lógicamente y defendida dogmáticamente por quienes la han elaborado. En los últimos años, quizás a partir de los ochentas con el desgaste sufrido por los contrincantes de la guerra fría, comenzaron a aparecer en el “medio académico” algunos teóricos de esos que hoy

llamamos “futurólogos”. Estos se han tomado la *seria* tarea de decirle al mundo qué sucederá en el futuro de acuerdo con un conjunto de especulaciones, en sus palabras, “estudios de probabilidades”, que nos advierten, entre otras cosas, del camino que debemos tomar de manera que no nos equivoquemos, y por el contrario, acertemos en nuestro destino, ya determinado... por ellos.¹

Entre los llamados futurólogos, o científicos sociales y hasta filósofos, encontramos a dos interesantes autores que han logrado predecir, cual Nostradamus moderno, lo que sucederá en el mundo del siglo XXI. Uno mató a la historia, el otro mató lo político y lo ideológico y sacó a brillar lo cultural, la civilización.

El primero nos habló de cómo el modelo ideal y el que se ha impuesto una vez finalizada la guerra fría, ha sido el democrático liberal, modelo apto para todos los países “civilizados” del mundo, que entrarían “respetuosamente” dentro de la competencia armónica de todos con todos, no contra todos, para llegar al verdadero edén. Por su parte, el otro autor dijo que la

cosa no sería tan armónica, que por el contrario algunas civilizaciones se montarían sobre otras, se unirían fuertemente para atacar a sus contrarios, en nombre de las diferencias culturales y religiosas; nos habló del choque de las civilizaciones y las enumeró señalando, además, qué papel jugaría cada una. Ahora, dice él, el meollo del asunto no está en lo político, ni en lo económico, ni en lo ideológico; para el siglo XXI la guerra será por creencias religiosas y diferencias culturales.

Bien, cada uno defiende lo suyo... Veamos qué dicen.

I. Fukuyama: del reconocimiento a la armonía

Con una invitación a un nuevo encuentro con Hegel, Fukuyama desarrolla su teoría, que muchos han bautizado la Teoría del Fin de la Historia y que podríamos llamarla aquí, la teoría del neo-reconocimiento (para no perder aquello de nuevo o reformulado que tienen todas las teorías actualmente). Entiéndase por reconocimiento en este contexto, la acción de los hombres orientada a ser reconocidos, valga la redundancia, respetados como seres humanos y sociales, sin necesidad de someterse ni de someter a nadie al dominio de algo o de alguien en contra de su voluntad.

Según Fukuyama, siempre siguiendo a Hegel y a Kojève, el **reconocimiento ha sido el motor de la historia**, y no la lucha de clases, como lo afirma el marxismo; ahora los hombres luchan por ser reconocidos, respetados por lo que son y no por lo que representan o tienen, esta sería la clave del reconocimiento en su sentido moderno (estado social o de derecho), muy distinto a aquel que existía en los principios de la humanidad. (estado natural).

Buscando ser reconocido

La idea del reconocimiento ha variado en el desarrollo de la historia. En sus comienzos, siguiendo la metáfora del primer hombre, en el estado natural, la lucha del hombre por ser reconocido como hombre fue lo que caracterizó aquel momento histórico, a través de la imposición de unos sobre otros. Fue la lucha por el prestigio.² En esta tarea, había un elemento clave definitorio, que era el “arriesgarse”. Lo interesante del riesgo, de arriesgar todo por alcanzar un objetivo, es sin duda, (entendiéndolo desde la perspectiva hegeliana) como saca al hombre de su condición animal para pasar a su condición racional: frente al instinto animal de

conservación, el hombre se enaltece henchido para arriesgarse por su prestigio. De esta manera, dice Fukuyama, “*libertad y naturaleza son diametralmente opuestas, pues la primera empieza donde termina la segunda, emerge cuando trasciende lo natural.*” (Fukuyama, 1992: 215).

Una vez que el amo se impone sobre el vencido, surge en él, paradójicamente, un sentimiento de frustración producto de la insatisfacción que le da el no ser reconocido como él realmente ha deseado serlo. Su tragedia está en el hecho de haber arriesgado la vida para obtener reconocimiento de alguien que no es digno de hacerlo, en este caso de aquel que se convirtió en esclavo. El esclavo no arriesgó nada, él al someterse a su amo simplemente obedece sus órdenes. La consecuencia de esta lucha en la que el amo vence y somete al esclavo, es la pasividad, el perpetuo estatismo, y la vida de ocio y consumo que caracterizará a partir de ese momento la vida del amo, pues al tener esclavos, él no necesita trabajar, tampoco crear, todo lo hace su esclavo, aquí muere su motor de cambio, de progreso.

El caso del esclavo es diferente, al someterse a las órdenes de su amo, él debe trabajar, pero aquí el trabajo asume una connotación diferente, se convierte, según Hegel, en una “acción liberadora”. El esclavo se libera cada día al trabajar, porque utiliza su capacidad física e intelectual para mejorar en su quehacer diario. En vez de trabajar por miedo al castigo, empieza a hacerlo por sentido del deber y la autodisciplina, así suprime los deseos animales en aras del trabajo, usa herramientas, las modifica, y las emplea para crear, para transformar. Mientras que para el señor la libertad está en el combate sangriento y sólo la goza en la realidad, en el inmediato; para el esclavo la situación es distinta, él no puede gozar su libertad en el ahora, él la vive filosóficamente, reflexivamente en su trabajo. De allí deduce Fukuyama con Hegel, que el motor que hizo avanzar la historia fue el persistente deseo de reconocimiento del esclavo y no la ociosa complacencia y la identidad inmóvil del señor.

La democracia liberal: el modelo perfecto

Si en el primer hombre la clave del reconocimiento fue el arriesgarse, en el último hombre, el hombre que ya vive en sociedad y en un estado *cuasi* perfecto de derecho, la clave es el acuerdo y el respeto por el otro, todo esto dentro de un nuevo contexto, producto de aquella incansable lucha de unos amos contra otros, que culmina paradójicamente en los logros de los que alguna vez fueron esclavos, y que se concretizan en lo que hoy llamamos democracia liberal. Esta idea de acuerdo y respeto en nombre del reconocimiento “de cada uno”

dentro de la democracia liberal de la que habla Fukuyama siguiendo a Hegel, difiere enormemente de la concepción negativa de la libertad en Locke y en Hobbes, quienes desconfiaban de la idea de acuerdo, y defendían la idea de la no intervención del otro en “mi” libertad, por eso en ellos el derecho y la ley son el resultado de un contrato no basado en el reconocimiento del otro sino en “mi” libertad frente a la del otro; lo que se busca aquí es el interés propio racional. En Hegel, dice Fukuyama, este contrato tiene otro cariz, mucho más social, y positivo, más noble, aquí se acuerda el respeto por el otro, se reconoce lo diferente del otro, para que a mí también se me reconozca; es un acuerdo igual y recíproco por el reconocerse mutuamente.

Según Fukuyama, “*el Estado democrático liberal moderno que nació después de la Revolución francesa fue, simplemente, la realización del ideal cristiano de libertad y de igualdad universal humana en el aquí y en el ahora. (...) Constituía, mas bien, el reconocimiento de que era el hombre quien creó el Dios Cristiano y que, por tanto podía hacerlo bajar a la tierra y residir en los parlamentos, los palacios presidenciales y las burocracias del Estado moderno.*” (Idem,276)

Otro aspecto importante en la democracia liberal es, según el autor, el desarrollo económico, que no define a la democracia pero la ayuda en su evolución. Dice que en la etapa final de la historia, la democracia estará fundamentada en lo económico y en el reconocimiento, la evolución de la humanidad ha estado marcada por el desarrollo económico y por la lucha por el reconocimiento. La economía liberal, ofrece a los hombres mejores condiciones para la vida, este sistema estimuló a los esclavos a salir de esa condición, al conocer y dominar la ciencia y la técnica por la acción liberadora del trabajo; lo económico además, le ofrece al hombre la capacidad de poder educarse para prosperar, eso lo hace un ser más digno y que lo iguala a los otros.

Fukuyama llega a considerar al *reconocimiento como el eslabón perdido entre la economía liberal y la política liberal* (Idem, 283). Dice el autor que la industrialización, el desarrollo de la técnica, de la educación, han hecho que las sociedades evolucionen en distintos aspectos y principalmente en su actitud política que ha roto con los autoritarismos típicos de sociedades tradicionalistas. *La correlación entre estos avances y la democracia liberal es total*, los pueblos llegan a acuerdos gracias a los logros que han alcanzado para desarrollar sus capacidades como seres creativos y libres, así, cada elemento, cada ciudadano juega un papel determinante para el buen funcionamiento del sistema.

II. Huntington: un nuevo estilo de conflictos

El caso de Huntington luce diferente, contrasta parcialmente con estas ideas de Fukuyama. En este segundo autor, la dinámica del mundo está marcada por el choque, el enfrentamiento, ya no entre los amos, ya no entre estados, sino entre pueblos, culturas o, como él dice, entre civilizaciones.

Las causas de estos nuevos enfrentamientos estarán fundamentadas en aspectos muy distintos a los que conocimos durante la mayor parte del siglo XX, que en general fueron causas políticas, militares, económicas e ideológicas. El nuevo estilo de conflicto estará basado en las diferencias entre los pueblos y no entre estados. Presume Huntington que serán los pueblos los que originen estos enfrentamientos y los gobiernos seguirán a sus pueblos por luchas de tipo cultural o religiosas.

Definiendo y clasificando civilizaciones

Según Huntington, la civilización es una entidad cultural, con elementos objetivos comunes, idioma, religión, costumbre e instituciones. Una civilización puede incluir a un número grande o pequeño de personas; puede incluir varias naciones-estados, como es el caso de los países árabes o latinoamericano o solo una, como el caso de Japón. Las civilizaciones son dinámicas, ascienden y descienden; se dividen y se fusionan, y pueden llegar a desaparecer. (Huntington, 1992: 2).

Con base en ese concepto, el autor ofrece una clasificación bastante general, podríamos decir que un poco superflua, de lo que él llama las siete civilizaciones, que serían: la occidental, confuciana, japonesa, islámica, hindú, eslava, ortodoxa, latinoamericana y africana. Además, indica los posibles enfrentamientos, acuerdo y negociaciones que surgirán entre éstas.

Causas del choque de civilizaciones

Huntington presenta en su trabajo las probables razones que generarán choques entre civilizaciones, un resumen de éstas serían:

1. Las diferencias entre las civilizaciones no son reales, son fundamentales. Se diferencian en todo, desde su historia, su lengua, cultura hasta por la religión. De esta manera lo que es justo y correcto para unos es totalmente lo contrario para otros, esto es causa de fuertes desavenencias entre pueblos.

2. A mayor interacción entre pueblos, mayor radicalización de las identidades. A raíz de lo pequeño que el mundo se hace cada día por los grandes desarrollos

tecnológicos, se han intensificado con mayor fuerza las identidades de cada civilización, remarcando sus diferencias frente a las de los otros.³ Dice Huntington que a medida que las personas definen su identidad en términos étnicos y religiosos, es probable que perciban su relación con personas de etnias o religiones distintas como una relación de “nosotros contra ellos”.

3. **La desecularización del mundo.** La modernización económica y los cambios sociales en el ámbito mundial han debilitado en la mayor parte de los países del mundo el estado-nación. Este lugar ha venido a ser ocupado por las religiones especialmente encabezadas por los llamados movimientos fundamentalistas. Los integrantes activos de estos movimientos, son jóvenes de clases medias, con buen nivel de formación, profesionales y hombres de negocios, que creen en los valores de sus religiones y apelan a ellas en nombre de la salvación eterna. La religión ofrece una identidad y compromiso que va más allá de las fronteras de un país y una civilización.

4. **Occidente frente al No Occidente.** Es esto en esencia la causa del choque de las civilizaciones. Al estar Occidente en la cúspide del poder, los que están fuera de ella deben someterse al poder de unos pocos, esta situación ha generado odios y recelos, el rechazo de los no occidentales frente a los occidentales y frente a todo lo que ellos representan. Frente a la gran preocupación de Occidente por mantener su predominio militar, por expandir sus valores democráticos liberales, por continuar con el control político y económico del mundo, está el No Occidente, que busca imponerse, especialmente en su fuerte, la defensa de sus tradiciones, valores y creencias, apelando a la identidad común de religión y civilización.

5. **Lo cultural que permanece frente a lo político y económico cambiante.** El carácter ideológico del conflicto tan característico del siglo XX, ha girado a lo religioso, a lo cultural que ha desplazado según Huntington cualquier otro tipo de conflicto. El autor habla del síndrome del país afín que hace confluír a algunas civilizaciones que se identifican entre sí para enfrentarse a otras que luchan contra cualquiera de estas civilizaciones afines (Idem, 12).

6. **El aumento del tamaño y del poder de los bloques económicos.** Esto reforzará la conciencia de la propia civilización en la región; estos bloques económicos resultarán exitosos si y solo si se asientan en regiones donde se comparta la misma civilización.

Los conflictos que según Huntington aparecerán en el siglo XXI estarán enmarcados dentro de lo que él llama líneas de ruptura, éstas serán: 1) la civilización de la

Europa Oriental frente a la Europa Occidental; 2) La civilización Islámica frente a la civilización occidental; 3) La civilización árabe islámica frente a los pueblos africanos negros del sur; 4) Pueblos ortodoxos frente a los musulmanes; 5) Hindúes frente a musulmanes; 6) China frente a los turco-musulmanes, los tibetanos y Occidente; 7) los judíos frente a los musulmanes; 8) Occidente frente a todos los demás occidentes.

Estos son parte de los conflictos que según Huntington veremos agudizarse en el siglo XXI, como consecuencia del choque entre civilizaciones. Más adelante retomaré este punto.

III. ¿Fin de las civilizaciones o choque de historias?

Retomando algunos aspectos de las teorías de Fukuyama y Huntington, y aplicándolos a la historia mundial de finales del siglo XX y los comienzos del XXI, podemos reconstruir una explicación de la historia, a la manera de cada uno.

Algo así diría Fukuyama: hasta el final de la guerra fría, existieron dos fuertes amos que dominaban el mundo, con muchos esclavos que les obedecían, por temor o por amor, llámelo como usted quiera. Aquellos fuertes amos, sabían que ningún esclavo reconocía su nivel de desarrollo, de hecho no les interesaba tal reconocimiento, lo importante es que les obedecieran y se aliaran a cada uno para luchar contra el otro. Ambos tenían poder y control sobre gran parte del mundo, pero a pesar de estar los dos a niveles muy parecidos, y reconociendo el poderío que su contrario tenía, se mantuvieron en un estado de tensa calma, con acuerdos basados en la fuerza. Uno representaba a la democracia liberal y el otro al comunismo, en ello se entiende que uno de los dos sistemas está basado en instituciones, ideas y valores realmente armónicos, donde el reconocimiento por el otro es el eje sobre el que gira el sistema. El otro sistema está basado en instituciones, ideas y valores que coartan la libertad, por ende el reconocimiento, donde se impone el criterio de la uniformidad frente a la diversidad, del grupo sobre el individuo. El primero corresponde al sistema democrático liberal, el segundo corresponde al comunismo.

En la lucha entre estos dos grandes amos, que se simuló entre sus esclavos, nunca frente a frente, debía ganar uno y perder el otro, y así es como al final de los ochentas vimos caer al comunismo y vencer la democracia liberal. Aquí muere una parte de la historia dice Fukuyama, aquella que estuvo centrada en la imposición

del amo sobre el esclavo por su poder, mas no por su capacidad de reconocimiento. La democracia liberal vencedora sobre cualquier otro sistema impera en su ideal de recocer lo que es de cada uno, en su diversidad frente al otro. Ahora todos luchamos por conseguir ese reconocimiento en el que Occidente es el gran garante de tan grandioso modelo.

Así, *la historia continuará*, dice el autor, si el sistema democrático liberal mantiene o genera contradicciones. Un problema se convierte en contradicción cuando no solo no se pueda resolver en el seno de la democracia liberal, sino que además corroa la legitimidad de la misma. Por el contrario, *la historia habrá llegado a su fin* si la forma actual de organización social y política es completamente satisfactoria para los seres humanos en sus características esenciales (Fukuyama, Op.cit, 199).

En el caso de Huntington la cosa se presenta diferente, él afirma que el rechazo a la democracia liberal occidental resurge después de la guerra fría como un rechazo cultural, frente a los valores e instituciones de Occidente. Este mismo autor podría coincidir con Fukuyama en aquello de la búsqueda de reconocimiento, pues esto parece ser lo que reclaman esas civilizaciones frente a las otras.

¿Por qué no todos los países son democráticos?

Dice Fukuyama que el estado democrático liberal nos valora según nuestra propia autoestima. Pero no todos son democráticos por una simple razón, porque no hay correspondencia entre los pueblos y los Estados (Idem, 290). Los estados son creaciones políticas con propósitos definidos, mientras que los pueblos son comunidades morales preexistentes; así, el territorio de los Estados es la política, la esfera de la elección consciente de la forma adecuada de gobierno. El territorio del pueblo es subpolítico; es el dominio de la cultura y la sociedad, cuyas reglas son raras veces explícitas o que no se reconocen conscientemente ni siquiera por quienes participan en ellas (Idem, 291).

Huntington ofrece una respuesta similar al comentar la imposibilidad de la democracia en el No Occidente, que es consecuencia de lo antagónico de sus valores con los valores tradicionales de otras civilizaciones. Frente al individualismo, el liberalismo, los derechos humanos, el constitucionalismo, mercados libres, la idea de propiedad, está el cooperativismo, el autoritarismo, la religiosidad y la no propiedad, la ley de Dios, valores e ideas características de otras culturas.

Siguiendo con Fukuyama, la historia continuará porque la democracia liberal aún genera contradicciones,

que para él no están tanto en el interior del sistema, como en lo externo, en quienes la rechazan. Pero este rechazo dice Fukuyama no parece tener otra razón distinta que el fracaso de otros sistemas en pro de su desarrollo y que son incompetentes frente a la efectividad de la democracia liberal; aquí hace especial referencia al mundo musulmán.⁴

Es interesante observar cómo Fukuyama y Huntington trataron hace más de una década el problema de los musulmanes, que es en sí el tema que está sobre la mesa en la actualidad después de los acontecimientos del 11 de septiembre. Para ambos el problema está en la prosperidad y la modernidad de Occidente, y lo contrario en los países musulmanes. Fukuyama afirma que el fundamentalismo islámico es el producto de la incapacidad musulmana de mantener su dignidad frente al Occidente no musulmán. Él considera que el renacimiento del islamismo es producto del doble fracaso vivido por la sociedad islámica al no poder conjugar sus tradiciones con la modernidad occidental. Huntington considera que el problema va más allá de esas simplicidades y se centra en el problema de los musulmanes frente a las recurrentes intromisiones de Occidente en su cultura.

Dignidad, indignación, vergüenza y orgullo

Este punto es bastante emblemático en Fukuyama, él recurre con frecuencia al problema de la dignidad. Así el autor dice claramente lo siguiente: *“La dignidad se refiere al sentido del propio valor de una persona; la indignación surge cuando algo ofende este sentido del propio valor. Cuando otras personas ven que no actuamos de acuerdo con nuestro sentido de la autoestima, sentimos vergüenza, y cuando nos valoran con justicia (es decir de acuerdo con nuestro verdadero valor) sentimos orgullo»* (Idem, 235).

Si esto es así, podemos parafrasear lo que dice el autor y aplicarlo a los últimos acontecimientos en Nueva York, y quizás nos podemos preguntar si caben estos términos, dignidad, indignación, vergüenza y orgullo, en los lamentables sucesos de aquel día. Si se valora y se respeta a una cultura distinta, aquellos (los de la otra cultura) se sentirán, en palabras de Fukuyama, orgullosos y dignos; por el contrario si su dignidad y valor son irrespetados, aquellos mismos sentirán vergüenza e indignación... ¿Será eso lo que alegaban los terroristas del 11 de septiembre?...

Pero lo interesante en Fukuyama, es que él ve el reconocimiento en una sola dirección, es decir se reconoce lo que es como nosotros, mas no lo que se aparta de nuestros valores, tradiciones e instituciones.⁵

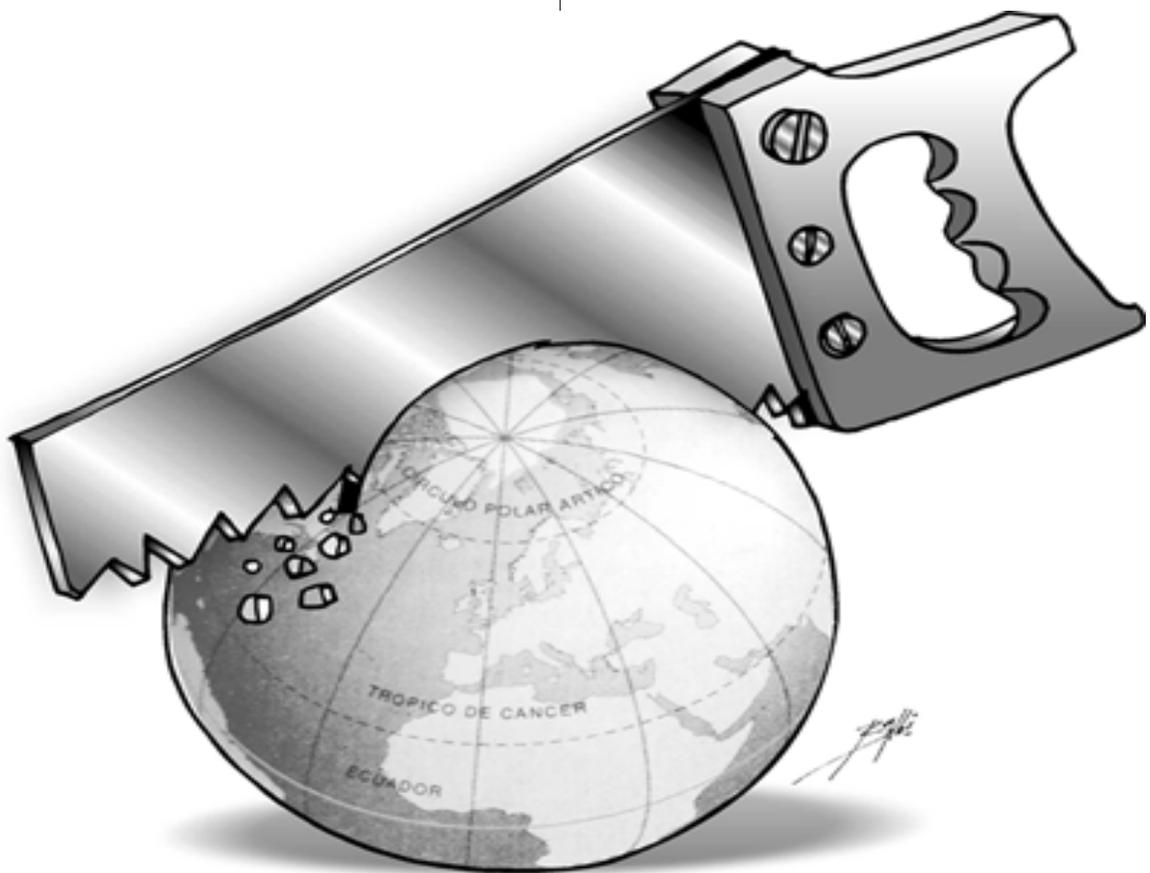
Tal vez lo limitado del espacio al reconocimiento de este autor, representa el etnocentrismo tan característicos de los poderosos occidentales, que tanto rechazan otros pueblos. Por su parte, Huntington parece más amplio y se atreve a decir que la solución no está en reducir todo a una civilización universal, sino aprender a vivir en un mundo lleno de distintas civilizaciones, en las que cada una debe aprender a convivir con la otra (Huntington, Op.cit, 19).

Este autor crea la hipótesis de la guerra entre civilizaciones, pensando que esta será consecuencia de movimientos populares, que luchan por ser reconocidos como diferentes y únicos, o tal vez, con la misión de “convertir” a otros pueblos. Lo relevante de las ideas de Huntington está en esa apertura que le da al pueblo, a la gente en la lucha por las tradiciones o religiones, que según los comunistas serían revoluciones.

Desde mi punto de vista, Huntington peca de “inocente”, o quizás mejor peca al creer en nuestra inocencia, con esa retórica de las civilizaciones y pueblos que se levantan por ideas religiosas o culturales. Que esa sea la excusa no lo pongo en duda, los gobiernos, los líderes que controlan el poder manipulan la información, los pueblos, los valores en pro de sus propios beneficios, en este caso, a beneficio del poder como tal. Por eso no nos debe extrañar

para nada que sean los mismos gobiernos ávidos de más poder, los que manipulen a través de campañas informativas, sistemas educativos, prácticas religiosas, la voluntad de los pueblos para que les acompañe en sus fines. No creo que sean los pueblos los que inicien guerras, son los gobiernos los que incitan a la gente a pelearse, a luchar, son los gobiernos los que arman a los pueblos para combatir contra quienes ellos consideren necesario.

El aparente temor de ambos autores, Fukuyama y Huntington, representantes de un lado del mundo, no de “los otros lados”, por lo que sucederá en el futuro, se puede resumir así: la historia nos presenta dos posibilidades, o convertimos en últimos hombres, o regresar inevitablemente a convertimos en primeros hombres, y a empezar a luchar de nuevo por el reconocimiento. Creo que después del 11 de septiembre el mundo se encamina a esa lucha por el reconocimiento... a un fin de civilizaciones por el choque de sus historias... Esto lo digo para no romper con esa onda de futurólogos que nos inunda cada día en la “academia”... siguiendo a Saramago: “... en esto de mentir y decir la verdad hay mucho que opinar, lo mejor es no arriesgar juicios morales perentorios porque, si damos tiempo al tiempo, siempre llega un día en el que la verdad se vuelve mentira y la mentira verdad” (El evangelio según Jesucristo, 218).



Referencias:

- Giddens, Anthony (1998) *The Third Way. The Renewal of Social Democracy*. Polity Press: United Kingdom.
- Fukuyama, Francis (1992) *El fin de la historia y el último hombre*. Colombia: Planeta.
- _____ (1995) *Confianza. Las virtudes sociales y la capacidad de generar prosperidad*. Buenos Aires: Editorial Atlántida.
- Huntington, Samuel (1993) *¿Choque de civilizaciones?*. Foreign Affairs Documents: Verano.
- Popper, Karl (1984) *La miseria del historicismo*. Madrid: Alianza, Taurus.

Notas

1 Parafraseando a Popper, estos serían historicistas de esos que no miran sólo hacia atrás, al pasado, sino también hacia adelante, hacia el futuro, ellos trabajan con leyes históricas, de esas que son "universalmente válidas".

2 Recomiendo revisar el artículo del Profesor Vásquez sobre la interpretación de Alexander Kojeve, en relación con la metáfora del amo y el esclavo, en: *Para leer y entender a Hegel*. ULA, 1993.

3 Giddens considera todo lo contrario, para él, la tecnología, el desarrollo de recursos humanos, de conocimiento, la globalización en general, ha hecho difusa, ha enredado la soberanía de los pueblos, de hecho, dice él, la democracia se expande cada día mas por el mundo y eso garantizará que las nuevas democracias no le hagan la guerra a otras democracias (1998: 140)... (tal vez sí se la hagan a las no democracias).

4 A mí particularmente me causa mucha gracia algunas afirmaciones que hace Fukuyama. En un libro posterior a este de *El Fin de la Historia*, el filósofo habla de la importancia de la capacidad de asociación de los individuos para poder prosperar juntos y alcanzar el bienestar común. Dice: "la capacidad de asociación depende, a su vez, del grado en que los integrantes de una comunidad comparten normas y valores, así como de su facilidad para subordinar los intereses individuales a los más amplios del grupo. A partir de esos valores nace la confianza, y la confianza tiene un valor económico amplio y mensurable" (1996: 29). Si hacemos un análisis bastante general, tomando de Huntington sus civilizaciones, nos percataremos rápidamente que cualquier civilización fuera de la occidental está basada en criterios de cooperación, donde el todo está por encima del individuo, se comparten las mismas ideas y valores, pero a pesar de eso, y sólo con muy pocas excepciones (Japón, Corea, Taiwan y otros), los países que enfilan esas civilizaciones siguen siendo miserables, están llenos de terribles problemas, quizás ajenos a esos valores y tradiciones que los identifica. ¿Será por envidia que ellos atormentan a Occidente?

5 "El hecho de presentar una idea tan venerable como audaz y revolucionaria descubre, creo yo, un conservadurismo inconsciente, y los que contemplamos este gran entusiasmo por el cambio podemos muy bien preguntarnos si no será sólo una de las caras de una actitud ambivalente y si no habrá una resistencia al cambio a la que el historicista quiera sobreponerse con ese entusiasmo" (Popper, 1973: 176).

